

Hermanas para todo



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

Mía le estira una trenza a Lía. Lía le clava una patada en el culo. Comienza la batalla, y al cabo de diez segundos la guerra entre hermanas ya ha acabado. Valoración de los daños: un unicornio, terriblemente suave y de color verde, ha salido disparado por la ventana del tercer piso. A pesar de tener alas, el bicho ha aterrizado en un charco de agua embarrada y, acto seguido, el autobús interurbano lo ha dejado irreconocible. Desde la ventana, Mía y Lía han sido testigos del terrible desenlace. Mía llora por su unicornio harapiento y porque todavía siente el dolor de la patada en el culo. Lía no llora, pero tampoco ríe. Los unicornios, aunque no sean suyos, también le gustan y piensa que quizá se ha pasado lanzándolo por la ventana ... pero no dice nada. El daño ya está hecho y ahora lo que necesitan es rezar para que no las castiguen.

Mía es un minuto y medio mayor que Lía. Son las gemelas que menos tiempo se llevan en toda la comarca. De hecho, su madre siempre bromea diciendo que ya dentro de su vientre ya se las tenían para ver quién salía primero. Y ganó Mía. "¡Soy la mayor, soy la mayor!", anunciaba a la primera de cambio. "¡Pero yo soy un centímetro más alta!", Reclamaba Lía, acto seguido. Las batallas entre las gemelas eran conocidas por todos. Dice su padre que se pelean por aburrimiento, y su madre que es porque están juntas desde que nacieron: mañana, mediodía, tarde y noche y eso, amigos míos, no es fácil para nadie.

Compartir padres, habitación, comida, juguetes y atenciones, no es cosa fácil. Y menos cuando tía Rosita está constantemente comparándolas. Y el pesado de José, el de la verdulería. Y la maestra de segundo, y la de tercero, y la de cuarto... ¡El mundo entero las compara! Que si Lía tiene la cara más dulce, que si Mía camina más bizca, que si Lía no pronuncia bien las erres, que si Mía tiene un oído musical excepcional... Más que hermanas, la gente las había convertido en rivales y ellas, a veces, llegaban a creerse que tenían que competir por todo.

Pero un día, un miércoles más exactamente, las cosas cambiaron.

Todos los miércoles del 2018 la cancha de fútbol de primaria estaba reservada para aquellos que querían patinar. A Mía le gustaba pasarse la hora del recreo haciendo piruetas sobre sus patines en línea, mientras que Lía prefería saltar a la comba. Así era aquel miércoles, porque tenía que ser un miércoles como cualquier otro. La pista se llenó de niños sobre ruedas pero, de repente, entre todos los niños, apareció Berta.

La Gran Berta, que la llamaban, porque era alta como un San Pablo y tenía los hombros tan anchos como la maestra de educación física. Gran Berta no patinaba muy bien, y esto no tendría ninguna importancia si no fuera porque no soportaba que nadie sobresaliera más que ella, ni en altura ni haciendo equilibrios sobre unos patines. Berta, con la vista puesta en Lía, fue hasta ella y le propuso un juego. "Tienes que llegar a la pared del otro lado del patio con los ojos cerrados, sin chocar con nada ni caer de culo al suelo". Lía frunció el ceño. ¿Por qué debería patinar con los ojos cerrados? ¡Ese juego no tenía ningún sentido! Pero nadie se atrevía a llevar la contraria a Berta. ¡A la Gran Berta!



Y antes de que Lía pudiera abrir la boca, la niña gigante ya la tenía cogida de la mano y tiraba de ella. "Venga, ¡cierra los ojos! ¿O es que acaso te da miedo no hacerlo bien?" "La desafió. Sin tenerlas todas, Lía aceptó, cerró los ojos y comenzó a avanzar en dirección a la pared del otro lado del patio con los brazos extendidos hacia delante para detectar cualquier obstáculo que se pudiera encontrar por el camino.

En la distancia, Mía se dio cuenta de que allí pasaba algo y paró de saltar a la comba. Con cara de desconcierto, miraba como Lía avanzaba con los ojos cerrados, con precaución y destreza. "¿Pero qué hace?", se preguntaba Mía, sin entender nada. Pero Lía ya estaba a punto de llegar al otro lado del patio con éxito. Esto, a Gran Berta no le gustó nada. Lo que ella deseaba era que todo el mundo viera como la mejor patinadora del patio ¡caía de culo en el suelo! Pero como parecía que eso no pasaría, Berta, muy enfadada, decidió actuar. Corrió hacia Lía y, furiosa, le dio un empujón tan fuerte que la estampó contra la pared de cemento.

Todo esto fue lo que Mía le contó a la Directora. Que Gran Berta era la culpable de que Lía hubiera tenido que ir a urgencias a que le cosieran la frente. La culpable de que se tuviera que pasar tres días tumbada en la cama, descansando, porque decían los médicos que se había dado un golpe muy fuerte en la cabeza. Y durante aquellos tres días, Mía no se movió del lado de su hermana. No quiso ir ni siquiera a la escuela, solo quería estar cerca de ella para asegurarse de que estaba bien.

Jugó a todo lo que Lía quiso, escuchó las canciones que Lía eligió e incluso en los momentos en que estaba más aburrida de estar acostada, Mía la dejó refunfuñar sin llevarle la contraria ni hacerle la puñeta. Y lo hizo todo porqué amaba a su hermana como no quería nadie en el mundo. La quería ahora y la había amado siempre, porque a pesar de las broncas y las rencillas, nadie hablaba nunca de todo lo que hacían juntas y de todo lo que compartían. Ni siquiera sus padres. Nadie daba importancia a que cuando a Mía no le gustaba su desayuno Lía siempre se lo cambiaba. Nadie sabía que cuando tenían miedo se metían dentro de la misma cama y se dormían abrazadas para echar a los monstruos de la noche. Nadie hablaba de cómo se ayudaban la una a la otra a la hora de hacer los deberes, a aprender a hacer el *pino-puente* o de coser los botones de la bata cuando saltaban.



Cuando Lía se recuperó, todo volvió a la normalidad. La vida volvió a rodar como hasta entonces y Mía ya no tenía que hacer todo lo que a su hermana le apetecía, porque ya estaba curada.

Pero aún así, las cosas entre las gemelas habían cambiado. Después del incidente con Berta y aquella calma de los días de tregua, las hermanas habían aprendido a negociar cuando tenían una disputa, a ceder de vez en cuando -... ¡pero no siempre! -, a no saltar a la primera de cambio, a pensar un segundo antes de gritar, clavar una patada o tirar un unicornio por la ventana.

Los puntos en la frente de Lía habían servido para darse cuenta de que tal vez no había que estar fastidiándose todo el día. Que se querían demasiado para discutir tanto. Aquel golpe contra la pared de cemento del patio las había aturdido a las dos, pero también les sirvió para crecer un poco más. Y es que, amigos míos, todo lo que nos pasa en la vida, sea bueno o no tan bueno, nos enseña a hacernos mayores. Un poco más mayores cada día.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital